

In memoriam del Dr. Vicente García Olivera

Dr. Ramón de Lille-Fuentes

Se nos fue Don Vicente, hombre a carta cabal, dedicado en cuerpo y alma al estudio y tratamiento del dolor, a la enseñanza, al ejemplo, a seguir por una ruta de nueva creación hasta su total culminación, y a dejar huella perecedera en generaciones de médicos y pacientes, por su calidad y calidez humana.

Su padre, Rodolfo García Bravo, minero oriundo del Mineral de Ocampo, Chihuahua, quien a su vez procedía de la abuela paterna de Sinaloa y del abuelo paterno, minero de profesión, de Sonora; y su madre, Guadalupe Olivera Pérez, nacida en Etla, Oaxaca, procrearon al niño Vicente, cuya fecha de nacimiento fue el 05 de marzo de 1916, en la ciudad de Pachuca, Hidalgo. Su madre muere poco tiempo después del parto y su padre fallece dos años después. Una tía recoge a los dos hermanos y pocos años adelante, su abuela norteña lo adopta, pero con grandes carencias económicas.

Sin embargo, Vicente era un niño muy inteligente y ávido de conocimientos, por lo cual decide estudiar la primaria privada, cuyo costo de inscripción y la colegiatura mensual eran de \$ 5 viejos pesos y \$ 3 pesos, respectivamente. Al no tener apoyo económico, busca trabajo. Era un niño delgado, pero fuerte, y con una meta bien definida, inamovible: *salir de pobre estudiando*. Empieza a trabajar en una heladería, aprendiendo a palear las nieves, por un salario mínimo, pero suficiente para pagar su instrucción de la primaria. Como buen niño inquieto y curioso, un día se le ocurrió meter la mano a la rica nieve y de repente, ¡pácatelas!: recibe tremendo golpe en el ojo derecho; después contaría que hasta vio estrellitas y todo se le nubló. Cuando despertó, el dueño de la nevería le explicó que estaba prohibido meter las manos en el helado y para contentarlo le obsequió un boleto para ir a ver el box: peleaba Rodolfo (El Chango) Casanova.

Al terminar la primaria, enviaron a los hermanos García Olivera a Oaxaca, con un pariente de su abuela materna, y cuando Vicente tenía 14 años, le indicaron que para poder sobrellevar mejor la magra economía familiar, los enviarían a una hacienda afuera de la ciudad y les ensillaron dos caballos, pero de nuevo Vicente decidió que su meta no era el trabajo de campo, aunque le gustaba mucho. En ese momento, y con dinero que había juntado con muchos sacrificios, se regresó a la ciudad de México a seguir estudiando y trabajando.

De día, trabajaba en la Compañía de Luz y Fuerza del Centro (hoy desaparecida), atrás de un escritorio, trabajo que consiguió por sus aptitudes contra nueve competidores (¿a qué horas se dio tiempo Don Vicente para aprender a teclear con velocidad y eficiencia la máquina de escribir?) El hecho es que entraba a la Escuela Nacional Preparatoria a las 6 de la tarde y salía a las 10 de la noche, y a preparar clases e innumerables noches de desvelos, con convicción férrea, definitiva: *Quiero ser médico*.

De 1936 a 1942 estudió la carrera de Medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México y seguía trabajando para pagar todas sus necesidades. Al terminar, presentó su tesis titulada: «Las anestesias combinadas en cirugía general», título que nos asombra, dado que muchas décadas después este tipo de anestesias se pusieron en

boga, sólo que con otro nombre: «*Anestesias mixtas*», como una práctica anestésica que da mayores ventajas fisiológicas al paciente quirúrgico, en especial al de alto riesgo; dicho de otra forma, se adelantó unos 40 años a la modernidad.

Su mente era clara, fresca y bien decidida, junto con un carácter estricto, disciplinado, cuya debilidad principal, para quienes lo conocimos de cerca, eran la bondad y el paternalismo; era todo amabilidad y afecto directo, nunca mostró debilidad o dobleces; buscó enfrentar dos situaciones trascendentales en su vida: 1º El matrimonio, con la hermosa novia con quien compartía un extraordinario afecto y admiración mutua: la señorita Cordelia Puente García, hija del Dr. Ramón Puente, excelente cirujano de esos años, cuyo enlace sucede en 1943. Cordelia supo comprender, impulsar, acceder y equilibrar esta unión con Vicente. Ella era una persona muy sensible, bailarina de ballet y pintora amateur, muy suave en su hablar, encantadora en su trato y con muchas cualidades musicales, que sin lugar a dudas contribuyeron con su amor y paciencia a la cimentación personal de Vicente, ante una cantidad impresionante de obstáculos, y 2º, la educación autodidacta de anestesiólogo, que venía preparándose desde 1938, en el Hospital Juárez de la Cd. de México.

Aun antes de titularse como Médico Cirujano y Partero, ya ejercía las actividades académicas, como profesor de Anestesia y asistenciales en la Cruz Roja Mexicana y el Hospital Colonia de los FFCC Nacionales.

El 2 de enero de 1944 fundó el Servicio de Anestesia en el Sanatorio No. 1 del Instituto Mexicano del Seguro Social, el primero en su tipo en esta Institución. Sin embargo, al año renunció para autobecarse en el Hospital Bellevue de New York, en junio de 1945, compartiendo y aprendiendo experiencias muy importantes y trascendentales en relación a la anestesia regional y dolor rebelde. Allí conoció y se hizo amigo del Dr. Vincent J. Collins, extraordinario maestro de la anestesiología norteamericana, cuya amistad perduró de por vida.

Siendo fundador de la Sociedad Mexicana de Anestesiología y colaborando estrechamente con el Maestro Benjamín Bandera, funda la Revista Mexicana de Anestesiología, en 1948, la cual rinde tributo a este insigne anestesiólogo, nombrándolo Director Honorario Vitalicio.

En 1953, nuevamente se autobecó para asistir durante 3 meses al Curso de Estudio y Tratamiento del Dolor, en la primera Clínica del Dolor Interdisciplinaria, como se le reconoció años después por la IASP, en sesión plenaria, al Dr. Duncan Alexander, en el Veterans Hospital de McKinney, Texas.

Regresó con conocimientos excepcionales y muy promisorios en aquellos años del «despertar» de la Medicina Institucional Mexicana; sin embargo, nadie se convencía de su trabajo y estudios en esa clínica, por tanto tuvo que trabajar en el área de la Medicina del Dolor cubriendo un nivel subóptimo, sin dejar de esforzarse por ver el resultado de sus experiencias. Y con ese tesón que lo caracterizó toda la vida y su don de gentes, nos permitió acercarnos y conocerlo. Por fin, después de no pocos obstáculos, convenció al Dr. Salvador Zubirán de la creación de la Clínica del Dolor, la cual iniciamos con gran entusiasmo el 2 de junio de 1972 en el entonces Instituto Nacional de la Nutrición.

En 1976, con la colaboración del Dr. Miguel Herrera Barroso, fundó la Clínica del Dolor del Hospital General de la ciudad de México, la cual ha engrandecido tanto al Hospital General como al Maestro Vicente García Olivera y a quienes trabajaron junto con él.

A fines de 1979, Vicente, Carlos Del Valle (de Guadalajara, ex alumno de John J. Bonica), Miguel Herrera Barroso y el suscrito, decidimos conformar y organizar la Asociación Mexicana para el Estudio y Tratamiento del Dolor, AC, y uniendo el compromiso al esfuerzo, logramos nuestra idea a mediados de 1980, y organizamos la Primera Reunión Anual de la AMETD, en octubre de 1980, en el Hospital General

de México. La AMETD reconoció y nombró al Dr. Vicente García Olivera como Presidente Honorario Vitalicio.

Vicente García Olivera es la raíz de donde surge una nueva y extensa veta de una mina, que esperaba ser descubierta, y cuyo volumen y extensión desconocemos, pero nos sorprende por vasta y fecunda. Vicente la descubrió en México y nos la ha ofrecido, como buen mexicano, buen médico, buen padre.

Quiero expresar que haber sido alumno de Vicente siempre ha sido un gran orgullo personal, y al reiterarlo como mi Maestro, estoy seguro que su hijo, el Licenciado en Derecho Vicente García Puente, su nuera Laura y sus nietos, Laura Elisa y Vicente deben sentirse muy conmovidos por su imagen.

Esta semblanza sólo resalta algunos de los aspectos más sobresalientes en la vida del Dr. Vicente García Olivera y que los reconocimientos a su generosidad, a su dignidad, y a su persona en general, como símbolo de rectitud, superación, tenacidad y humanismo, son apenas algunos de los muchos que recibirá por generaciones, por ser ejemplo del cual nos nutrimos y tratamos de emular.

¡Gracias Maestro Vicente García Olivera!

Descansó en paz y se adelantó a muchos de sus alumnos el día 03 de diciembre de 2009.

Dr. Ramón de Lille-Fuentes

(Rev. Mex. Anest. 2002; 25 © Colegio Mexicano de Anestesiología 2002).

DR. VICENTE GARCÍA-OLIVERA

Desde el año de 1937, siendo estudiante de Medicina, leía todo lo concerniente a la Anestesiología en revistas norteamericanas, canadienses y francesas; mi interés iba creciendo y al año siguiente (1938), siendo prácticamente adjunto en el Hospital Colonia, llegó a México la Dra. Huberta Livingstone y al visitarnos tuve la oportunidad de mostrarle todos los servicios y recalcarle que este hospital era el único que tenía el gabinete de Anestesia para el uso de gases anestésicos como el ciclopropano, protóxido de azos y etileno; se los mostré y me explicó que era lo más avanzado en la aplicación de gases anestésicos; le ratifiqué mi interés por la anestesiología y me explicó que en el Hospital Bellevue de la ciudad de Nueva York se había generado la mayor experiencia sobre el manejo de gases anestésicos, servicio manejado por el Dr. Emery A. Rovens y su destacado grupo; y me recomendó que asistiera como observador, pues la calidad de enseñanza había trascendido a toda la Unión Americana; Centro Hospitalario afiliado a la Universidad de Nueva York. Además me explicó que ella era la Jefe de Anestesiología del Hospital de Chicago y que si mi interés era genuino me enviaría toda la literatura médica sobre anestesiología que sus colegas aplicaban en la Unión Americana, y así lo hizo; semana a semana recibía reimpresos sobre lo que hacía el Dr. John Lundy en la Clínica Mayo en Rochester, el Dr. Griffith en Canadá, la Dra. Julia Arrowood en Boston; las publicaciones en resúmenes de lo que hacían en Nueva York la Dra. Virginia Apgard y Geraldine Light y sobre todo las informaciones del Dr. Rovenstine. Pasaron los años y a principios de 1944 escribí al Dr. Rovenstine a fin de que me autorizara asistir como visitante asociado; su respuesta afirmativa tardó algunos meses y al fin fui aceptado en el año de 1945, en plena conflagración de la Segunda Guerra Mundial. Esta oportunidad constituía una verdadera excepción, pues disfrutar de las excelencias de este selecto grupo de Profesores era todo un acontecimiento.

Al llegar a este inmenso Hospital me recibieron con una atenta cortesía y desde luego me presentaron a los miembros del grupo, al Dr. Robertacci, coordinador de Anestesia regional, al Dr. Lou Orkin, magnífico Profesor, quien vigilaba el adiestramiento clínico; al Dr. Salomón Hershey, encargado de la coordinación de la Clínica del Dolor. El jefe de residentes era el Dr. Ira Spitzer, un médico judío muy experimentado, quien además tenía nexos de coordinación en el Hospital Judío Beth Israel.

Una vez encaminado en el trabajo, me dejaban manejar casos asesorados por este grupo y la semana siguiente me enrolaron al grupo de Clínica de Dolor, en jornada de doce horas, dos veces por semana para atender a los soldados que venían de los frentes de guerra europeos; mutilados y portadores de dolores rebeldes; llegaban a Staten Island barcos cargados de estos ciudadanos y en este movimiento activo me dieron a conocer el código de procedimientos que el Dr. Rovestine había diseñado años atrás (1936). La tecnología de procedimientos regionales ya la conocía, pues los había ejecutado en la Cruz Roja Mexicana en los años de 1942 y 1943; así que estos procedimientos no me eran ajenos. Los viernes me invitaba el Dr. Spitzer a que practicara los bloqueos regionales en los pacientes quirúrgicos de dicho Hospital Beth Israel; un Hospital muy moderno, bien equipado y mejor organizado. Ahí tuve la oportunidad de aplicar una raquianalgesia al profesor Albert Einstein para una hernioplastía. Esta suma de experiencias me permitieron avanzar considerablemente en una gran variedad de analgesias regionales; raquianalgesias en todas sus modalidades; isobáricas, hiperbáricas, etc., a muy distintos niveles, analgesias caudales y peridurales, medianas y altas por vía central, por vía oblicua y además bloqueo en diversas neuralgias periféricas faciales, cervicales lumbares; bloqueos ciáticos periféricos repetidos con fines terapéuticos.

Estos hechos complementaron mi adiestramiento en estos menesteres. La experiencia de haber participado con cientos de soldados con lesiones dolorosas me dio la idea de divulgarlo en nuestro medio hospitalario en la ciudad de México. La guerra terminó en octubre de 1945 y fue un júbilo extraordinario lo que observé en Times Square, una alegría contagiosa. Esto me hizo meditar que por fortuna en México no sabemos lo que es una verdadera guerra.

Al regreso a la ciudad de México tenía la idea fija de organizar una Clínica del Dolor dentro de mi Servicio Hospitalario del Departamento de Anestesiología, pero mis informaciones, pláticas y conferencias no encontraban eco, ni mucho menos reconocimiento de los grupos médicos de los hospitales. Mientras tanto, atendía a los pacientes que requerían de mis servicios. Algunos de los colegas señalaban que mientras hubiera narcóticos inyectados u orales no representaba ninguna importancia el tratamiento del dolor con otros procedimientos.

Mi interés persistente en las analgesias regionales era ampliamente conocido, aunque no bien aceptado, hasta que hubo un acontecimiento que fue trascendente para mi interés profesional. Vino a un Congreso Nacional de Anestesiología el Dr. Leo V. Hand, de la ciudad de Boston, a presentar un tema sobre analgesias regionales y los organizadores del Congreso me encomendaron que tradujera este trabajo enviado de antemano, lo cual hice detalladamente; además realicé la traducción oficial y el comentario. Al llegar el Dr. Hand, le informé que yo sería su traductor y comentarista oficial; así lo hice y al final de la presentación, le señalé que en algunos puntos yo difería de sus opiniones. El doctor Hand aceptó las razones de un criterio diferente y me permitió que le acompañara a visitar sitios históricos de la ciudad de México, pues él había leído mucho sobre el Castillo de Chapultepec, sobre el Museo Nacional de Antropología e Historia y disponía de veinte días para que le acompañara. Así lo hice, sólo que le advertí que me acompañara al Servicio de Anestesiología en la Clínica Londres 38 y él se ofreció como ayudante – colaborador.

Los médicos, algunos de los cuales habían estado en la ciudad de Boston y lo conocían, decían que cómo era posible que una figura de la Anestesiología estuviera

ayudándome, ante lo cual le señalé que «estaba haciendo méritos» para quedarse como mi ayudante de base. Le mostré procedimientos de hipnosis rectal con barbitúricos en los niños candidatos a amigdalectomía, a fin de evitarles el terror al ingresar despierto a la sala de operaciones y le enseñé la analgesia caudal y trans-sacra en ciertos procedimientos urológicos. Le acompañé como guía de turistas al Castillo de Chapultepec, al Palacio de las Bellas Artes y al Museo de Antropología. Claro que tuve que informarme previamente a fin de conocer la historia nuestra y habilitarme como eficiente guía. Un día se accidentó y se golpeó la cara externa de la rodilla; le atendí, le hice bloqueos de los nervios peroneales para aliviarle el dolor, el Dr. Hand insistía en pagarme, lo cual rehusé.

Pocos días después se despedía para regresar a la ciudad de Boston y al despedirle le pregunté si en algún hospital de la ciudad no hubiese modo de asistir a algún seminario o curso sobre manejo del dolor organizado por alguna institución de esa ciudad; lo pensó un momento y me dijo que no. Pero que conocía a un canadiense, amigo de él, que en el año siguiente (1953) organizaba por segunda vez un curso teórico-práctico sobre manejo del dolor con duración de tres meses, que si en verdad me interesaba me pondría en contacto con él y sus organizadores. Por tal motivo le pregunté la dirección y me aseguró que pronto tendría la información necesaria, y efectivamente, durante los principios del mes de diciembre de 1952 me llegó la carta atenta del Hospital de Veteranos de la ciudad de Mc-Kinney, Texas, en la cual se me notificaba que estaba inscrito para asistir al curso anual de duración de tres meses; curso teórico-práctico en las instalaciones de ese hospital; que el curso comenzaba el 3 de enero y terminaba el 3 de marzo (1953), que la cuota de inscripción era de cien dólares la cual había cubierto el Dr. Leo V. Hant. Con este gesto amable, acepté la invitación al Curso dirigido por el Dr. F. A. Duncan Alexander. Escribí aceptando asistir a dicho Curso y llegué a la ciudad de Mc-Kinney, una pequeña población a treinta y ocho millas al Noroeste de la ciudad de Dallas. A éste asistimos cincuenta y nueve médicos de distintas partes de la Unión Americana; yo era el único Mexicano; las conferencias se desarrollaron con maniquíes anatómicos y comentarios sobre artículos y sobre síndromes dolorosos. Participaron farmacólogos, como el Dr. Arthur Grollman, cirujanos como el Dr. Scott Wisong, fisiólogos y expertos de analgesias regionales.

Nos insistían en los factores adversos, las reacciones tóxicas inesperadas, las alergias e intolerancias; sobre técnicas de reanimación cardiopulmonar, sobre la descripción de síndromes dolorosos somáticos y autónomos. Asistieron dos médicos de la Clínica Mayo, el Dr. John Pender, Jefe de la Unidad de Pugh, radiólogo, y nos explicaron la importancia del control radiológico simple y estereoscópico de los bloqueos ganglionares. Cada semana había un examen escrito sobre los temas teóricos expuestos. Este Curso se completó con la ejecución de procedimientos, asesorado por los instructores: el Dr. Louis Lewis y el Dr. Davison. Este último médico californiano.

Conocimos el empleo de los medios de contraste radiológico en los bloqueos ganglionares del simpático, lo mismo que el uso de los llamados neurolíticos, a fin de prolongar el efecto funcional. Todo esto en los territorios esplácnico – cefálico, cervico-dorsal y lumbar.

A fines del mes de febrero de 1953 se dio por terminado el curso, que fue magnífico. En cuanto regresé a la ciudad de México comencé a informar sobre estos acontecimientos que consolidaban con mayor firmeza lo observado en Nueva York, pero ningún médico le daba la menor importancia; el único que le dio su verdadero valor fue mi distinguido compañero, el Dr. Luis López Antúnez, quien desde hacía años era Profesor de Anatomía en la Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional. Desde luego que el primer paso fue invitarme a ejecutar bloqueos del ganglio estelar y del simpático dorsal en la Unidad Neuroquirúrgica que había instalado en el IMSS en las calles de Naranjo de esta ciudad y posteriormente me envió al Administrador del Sanatorio N° 2 del IMSS y

estuve pendiente de valorar los resultados; estos hechos me dieron apoyo y asesoramiento de algo que los demás grupos no comprendían o no querían comprender. En esos años, logré que el Dr. Luis López Antúnez fuera nombrado Neurólogo Consultor dentro de la Consulta General en la Clínica Privada de Londres 38 pues ésta tenía neurocirujano pero era indispensable contar con un neurólogo clínico. Todos estos hechos dieron principio a la organización de la Clínica del Dolor. Hubieron de pasar algunos años más hasta que en 1951 los anestesiólogos del Hospital General, algunos ex-alumnos del Dr. López Antúnez, organizaron una conferencia sobre los logros de la Clínica del Dolor y me pidieron los datos sobre lo observado en Nueva York.

Al respecto, y cuando llegamos a los bloqueos autónomos, le tocó al Dr. López Antúnez dibujar en forma excelente el territorio ganglionar cervical y lumbar; además de los dibujos anatómicos, hizo un relato de las investigaciones de Claudio Bernard sobre la denervación del simpático, explicó los datos de las investigaciones fisiológicas del Dr. Walter B. Canon de la ciudad de Boston y específicamente de la Universidad de Harvard.

Ello ocasionó un creciente interés de dos de sus alumnos anestesiólogos que se formaron en el Instituto Politécnico Nacional; estos dos médicos me acompañaron en los talleres sobre temas de Clínica del Dolor, que nacieron de estas conferencias. Éste fue el prólogo de la Clínica del Dolor en el Hospital General.

En 1956-57 se advirtió la necesidad de hacer cursos teórico-prácticos para médicos en formación de Anestesiología, patrocinados por la Lotería Nacional y la Dirección del Hospital General. A este curso fue invitado el Dr. Martín Maquivar Amelio para presidirlo como Director Coordinador y a mí me nombraron como uno de los instructores, habiendo conferencias de neumólogos cardiólogos, terapistas en rehabilitación y cuatro instructores más. En este curso aproveché para estudiar a los enfermos oncológicos portadores del dolor, los politraumatizados portadores de causalgias, a fin de dar a conocer lo que el anestesiólogo debe saber al respecto de clínica del dolor; los casos eran discutidos por los becarios, se hacían los procedimientos y el seguimiento en su evolución. Señalábamos que la anestesia era el evento inicial, pero el complemento de terapia del dolor era una necesidad que había que cubrir.

Una vez terminado el Curso, los alumnos graduados, encabezados por el Dr. Miguel Herrera Barroso, pugnaron porque la Dirección del Hospital les concediera un espacio físico para atender estos casos, a fin de no invalidar ninguna sala de operaciones, para ejecutar algunos procedimientos; así fue como el Dr. Francisco Higuera Ballesteros, Director en turno del Hospital General, concedió el espacio físico en el año de 1976. Estos años transcurridos fueron de ratificación; el primer espacio ya ha sufrido tres ampliaciones, la primera en 1985 poco después del sismo y posteriormente dos remodelaciones más.

La demanda creciente de numerosos pacientes nos ha obligado al aumento de los espacios, sin demeritar la calidad de la atención. En el año 1992 recibimos la visita del Ministro de Salud, Dr. Jesús Kumate Rodríguez, quien se interesó en conocer el número de pacientes que se atendían diariamente; insistió sobre la variedad de patologías y su incidencia numérica; se le informó que la Universidad Nacional Autónoma ya había dado su aceptación, desde 1988, sobre el Curso de Postgrado sobre Terapia del Dolor y quedó estipulado que se reconocía como un Diplomado para aquellos anestesiólogos certificados por el Consejo de la Especialidad, que hubieran aprobado el examen previo sobre conocimientos en clinopatología y nosología sobre algunos síndromes. Como consecuencia de su visita, acompañado del Dr. Ramón de la Fuente, entonces director de la Facultad de Medicina, dictó el Acuerdo N° 106, por el que se establece el Centro Nacional de Capacitación en Clínica y Terapia del Dolor, con sede en el Hospital General de México; este acuerdo fue publicado en el Diario Oficial de la Federación el 6 de Octubre de 1992.

Previamente a esta decisión, el Jefe de Información Médica de la Secretaría de Salud nos envió a cuatro de los miembros del personal de base de la Clínica del Dolor, a fin de dar la más amplia información sobre el quehacer de la misma; su integración, los temas sobre el Dolor Crónico Refractario y los tratamientos habituales. Esta información la llevamos a lugares como Veracruz, Oaxaca, Zacatecas, Yucatán, Colima y estas informaciones realmente despertaron interés a través de los médicos dirigentes de enseñanza e investigación en cada Hospital. Estos hechos permitieron que médicos capacitados en esta área fueran asignados a tales hospitales y así se logró establecer doce Clínicas del Dolor en diversas entidades de la República. El número de médicos egresados de nuestro Centro Nacional de Capacitación asciende a cien aproximadamente, sin contar con los que están por terminar su año de preparación. Estos logros han fructificado, pues entidades alejadas que no cuentan con personal calificado envían sus casos al hospital más cercano, que sí cuenta con tales servicios, de tal manera que las comunidades cercanas o lejanas pueden ser apoyadas por estas unidades de terapia del dolor.

Recientemente, en 2002, los médicos becarios egresados formaron una Asociación denominada «Asociación Mexicana de Algología» AMAL Dr. Vicente García Olivera; su organización y atribuciones están debidamente requisitadas ante notario. Esta organización ha llevado a cabo diversos Congresos. El primero se llevó a cabo en Puerto Vallarta, el segundo en la ciudad de Tampico, el tercero en la ciudad de Veracruz, el cuarto en Tuxtla Gutiérrez, el quinto en la ciudad de Zacatecas.

Nuestro ideario ha venido madurando con el tiempo y las circunstancias. En foros nacionales hemos sostenido que crear una Clínica del Dolor y acreditarla lleva mucho tiempo y esfuerzo, y desacreditarla se logra en un momento.

Seguimos insistiendo en que el problema fundamental de la medicina es aliviar el dolor y ante esto estamos de acuerdo con el Dr. Kumate cuando afirmó ante los médicos y autoridades del Sector Salud en el Hospital General de Tepic, Nayarit, que «un Hospital que no tiene Clínica del Dolor deberá considerarse mutilado. Ésta es una verdad que con el tiempo va adquiriendo sus verdaderas dimensiones. Actualmente, las doce clínicas del dolor que funcionan en las doce entidades de la República están cumpliendo sus propósitos con un desempeño muy responsable. La calidad y el esfuerzo están presentes. Con orgullo vemos que la tarea sigue en franco movimiento para beneficio de nuestro país.

Curriculum Vitae



Nombre: Vicente García Olivera.

Lugar de nacimiento: Pachuca, Hidalgo.

Fecha de nacimiento: 7 de marzo de 1916.

Enseñanza Primaria: México, D.F. Centro Escolar Benito Juárez. Escuela Alberto Correa 1925-1930.

Secundaria: Escuela No. 4 1931-1933.

Preparatoria: Escuela Nacional Preparatoria 1934-1935.

Profesional: Facultad Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México 1936-1942.

Examen Profesional: 30 y 31 de marzo de 1943.

Tesis Profesional: Las anestesias combinadas en cirugía general.

Actuación Hospitalaria

- Presidente de la Sociedad de Practicantes del Hospital Colonia de los Ferrocarriles Nacionales de México 1939–1940.
- Prácticas en el Hospital Central de la Cruz Roja Mexicana del Seguro Social 1941.
- Jefe Fundador de los Servicios de Anestesiología de Sanatorio número uno del Instituto Nacional del Seguro Social 1944–1945.
- Jefe Fundador de los Servicios de Anestesiología de la Clínica Londres 38. 1941–1968.
- Secretario del Comité Organizador del Primer Congreso Mexicano de Anestesiología. Hospital Juárez Noviembre de 1946.
- Presidente del Comité Organizador del Tercer Congreso Mexicano de Anestesiología. Noviembre de 1950.
- Fundador de la Revista Mexicana de Anestesiología. Julio de 1951.
- Fundador de la Sociedad Mexicana de Angiología, en unión del Angiólogo Dr. Héctor Quijano Méndez. Octubre 15 de 1959.
- Asistente al curso trimestral de actualización en Clínica y Terapia del Dolor en el Hospital de Veteranos en Mc-Kinney, Texas 1953.
- Fundador de la Sociedad Mexicana de Anestesiología en su remodelación. Julio de 1948. Profesor–Instructor del Curso de Anestesiología del Hospital General de México. 1956–1957.
- Ingresó a la Academia Mexicana de Cirugía como Académico de número en el sillón de Anestesiología. Noviembre de 1961.
- Presidente de la Sociedad Mexicana de Anestesiología. 1969–1970.
- Ponente por México en el Simposium Latinoamericano de Anestesiología. Miami, Florida, 1971.
- Asesor Honorario de la Clínica del Dolor del Hospital General de México de la SSA, 1976.
- Asesor de la Clínica del Dolor en el Instituto Nacional de la Nutrición 1972–1976.
- Consultor de Base. Clínica del Dolor del Hospital General SSA, 1981.
- Fundador de la Asociación Mexicana para el Estudio y Tratamiento del Dolor. Guadalajara, Jal. Noviembre de 1979.
- Presidente de la Asociación Mexicana para el Estudio y Tratamiento del Dolor. Guadalajara, Noviembre de 1981.
- Jefe de la Clínica del Dolor del Hospital General de México en el mes de mayo de 1982 (por oposición, es decir, por concurso).
- Profesor Titular de Anestesiología. Escuela Nacional de Odontología de la UNAM 1962–1971.
- Profesor Titular de Terapia del Dolor. Educación Médica Continua de la UNAM desde 1988 a la fecha.
- Profesor invitado al Hospital de la Universidad de los Ángeles UCLA a sustentar conferencias sobre la Clínica del Dolor 1989 (Julio).
- Premio de la Excelencia Médica en Anestesiología. Premio entregado en la Residencia Oficial de los Pinos por el Presidente Ernesto Zedillo Ponce De León. 23 de Octubre del año 2000. Medalla de Oro.
- Premio a la Excelencia médica otorgado por el Colegio Médico Hidalguense. 23 de Octubre de 2001. Medalla y Diploma. Pachuca, Hidalgo.
- Aceptado como Socio de Número por la Asociación de Historia y Filosofía de la Medicina en Agosto del año 2001.
Sede: Academia Mexicana de Cirugía.
- Actualmente Consultor Técnico en Clínica del Dolor del Hospital General de la SSA.
- Profesor Titular del Curso de Clínica del Dolor y Cuidados Paliativos.